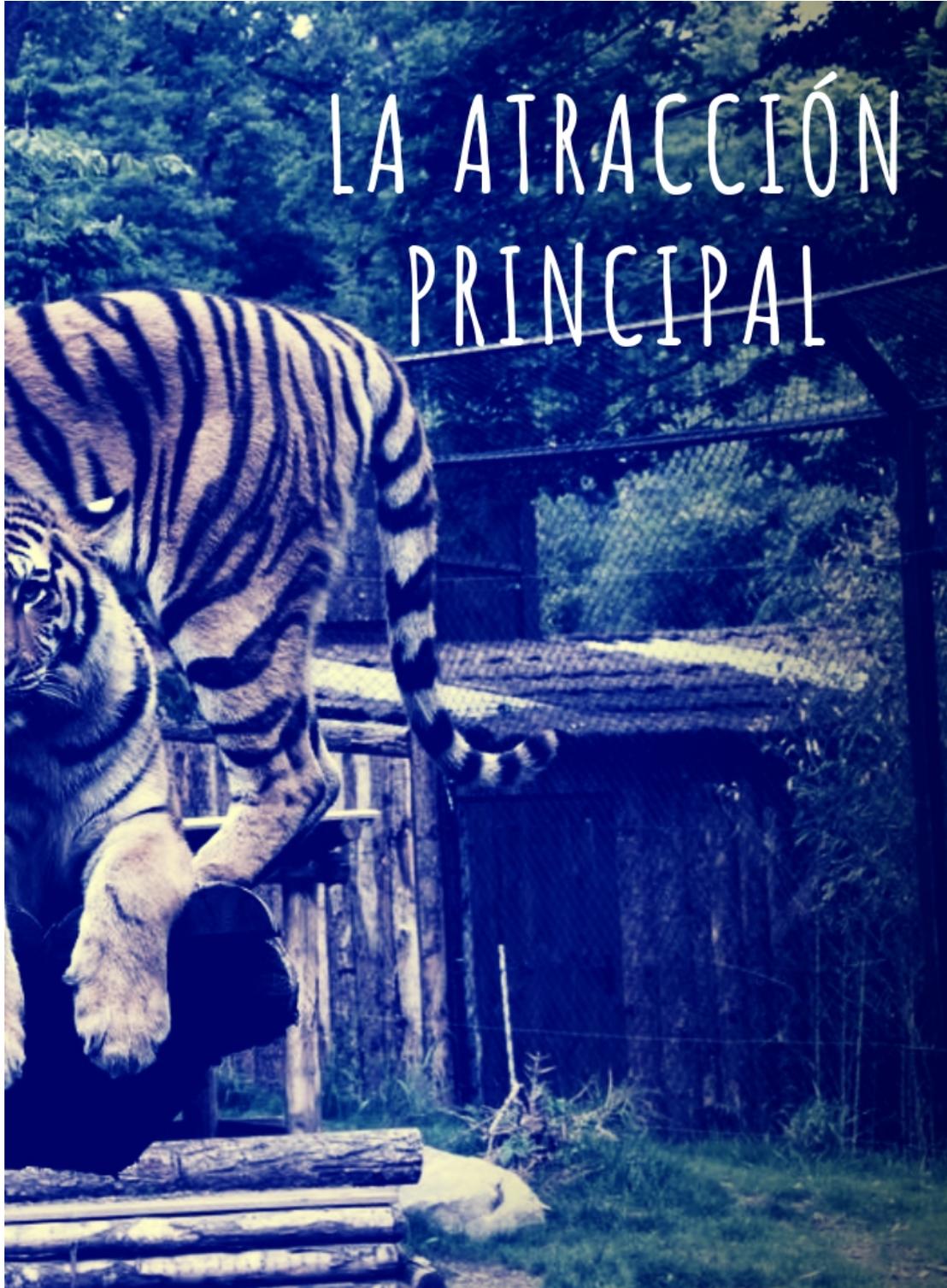


La atracción principal

Gabriel Zapata



Capítulo 1

Lo primero que Jamie percibió al llegar al zoológico fue el olor de las palomitas. Decenas de aquellos bocadillos saltaban desde un cuenco metálico surcando en vacío del acristalado carrito cuyo dueño era un hombre bonachón y de sonrisa perpetua. Jamie se acercó al carrito. Las palomitas de mantequilla rebosaban ahí, todas blancas, tibias y saladas.

—¡Quiero palomitas! —dijo Jamie.

Su madre, mujer robusta e impaciente, tomó su bolso y extrajo su monedero.

—Deme una bolsa, de las grandes —le dijo al hombre sonriente, entregándole dos monedas plateadas.

Varios puñados de palomitas terminaron en una alargada bolsa de papel. El sujeto le entregó las palomitas a la mujer quien tomó la bolsa sin ningún cuidado provocando que varias rosetas de maíz cayesen.

—No dejes que Kiam las coma —dijo la mujer.

Pero ya era demasiado tarde. Kiam había avanzado y no dudó en comerse la primera palomita de maíz que detectó con su pequeño hocico. Jamie tiró de la correa y el perro se apartó. Tal vez su madre no notó aquello ya que se había dado media vuelta tan pronto como le dio las gracias a aquel hombre. Ahora caminaba hacia la derecha comiendo las palomitas de Jamie.

—¡Espera, mamá!

Jamie caminó de prisa, arrastrando a Kiam. La mujer se detuvo y esperó a que su hijo llegase.

—Vaya, Jamie —dijo su madre que masticaba un puñado de palomitas—, no quieres perderte.

—No, lo siento. Vamos, Kiam, vamos.

Pronto, ambos cruzaron unas gruesas rejas, tan altas como postes de teléfono. Jamie miró hacia arriba y por un momento sintió que se caía al ver las nubes moverse tan rápido.

Lo segundo que Jamie pudo percibir fue el característico olor de los animales salvajes. No sabía si aquello se debía a los excrementos o era

tan sólo el olor natural de estos. Al menos Kiam no olía así.

Jamie se quedó mirando a un par de jirafas que comían las ramas que un hombre les ofrecía desde las alturas en un puente de acero. También había una jirafa bebé que se escondía inmóvil detrás de la que parecía ser su madre.

Jamie tomó más palomitas y las masticó mientras caminaba en terrenos desconocidos. Se plantó por fin ante una gigantesca jaula que albergaba a varios chimpancés. Aquellos primates saltaban de un lado a otro demostrando su energía de apariencia inagotable. Jamie pensó en su padre. Él bebía café todos los días antes de salir al trabajo. Decía que una taza de un buen café lo mantendría despierto durante el día y con la suficiente energía para escalar una montaña. El niño se creía aquello y pensó que en su adultez el café nunca faltaría en la cocina.

Uno de los chimpancés saltó hacia él. Jamie se apartó por instinto, pero al notar que aquel animal no era una amenaza sonrió y se burló alargando su lengua surcada de palomitas masticadas. Kiam, por su parte, profirió tres ladridos y mostró sus pequeños colmillos. Su blanco pelaje le daba un aire de oso de peluche amigable. Sin embargo, Kiam podía ser todo un demonio.

Jamie se aburrió de los primates por lo que le dijo a su madre que ahora quería ver a los tigres.

—Aún no —le contestó ella—, debes esperar.

Jamie obedeció. Al menos aún tenía palomitas.

Más tarde encontraron la sección de las aves. Las había de todos los tipos, colores y tamaños.

—Mira esa, mami.

Jamie había señalado a un tucán posado en una rama baja muy cerca de la reja protectora. La mujer vio al animal y profirió un bufido.

—Ese es un tucán, ¿no los conocías?

—No.

—Pues ya los conoces. No metas el dedo que puede arrancártelo.

Jamie se imaginó la escena. Vio su dedo siendo cercenado por aquel pico colorido y vio también cómo el tucán se lo tragaba. ¿Qué haría sin su

dedo?

Jamie retrocedió dos pasos.

En algún punto del recorrido Jamie notó que la bolsa de palomitas se terminaba. Quizá sobraba un puñado de ellas.

—Las guardaré para los tigres —dijo, cerrando la bolsa de papel.

—Bueno, como quieras —dijo su madre, la cual había comido más que su hijo.

Miraron a más animales. Jamie pudo conocer a los enormes hipopótamos, a los aburridos camellos, a los imponentes reptiles y a las ágiles ardillas. En algún momento se sentaron en un banco a descansar. Kiam también se había cansado y Jamie pensó en darle agua, pero no sabía cómo hacerlo ya que no contaba con su plato para beber.

—Creo que estamos cerca —dijo su madre. El sudor en su rostro mezclado con su maquillaje le daba un aspecto de helado derritiéndose.

—¿En serio?

—Sí, espero que estés listo.

—Oh, claro que lo estoy —dijo Jamie, alargando una sonrisa.

Cruzaron un pequeño jardín y llegaron finalmente al área de los felinos. Jamie ya se había acostumbrado al aquel olor salvaje, pero los felinos eran otra cosa. Aquel intenso olor que penetró por su nariz lo transportó a las cálidas tierras de África. Se imaginó a sí mismo caminando por un pastizal con rifle en mano, listo para cazar. Jamie sintió entonces su corazón vibrar mientras se abría paso entre la gente. Decidió que debía cargar a Kiam ya que no quería que lo aplastasen.

—¿En dónde? —Dijo Jamie.

—No sé, tal vez por aquí.

El niño siguió a su madre. Había cada vez más gente y pensaba que podía perderse entre la multitud. Pero el verde vestido de su madre destacaba de entre cualquiera por lo que se sintió seguro.

Una voz surgió a lo lejos. Era un hombre que invitaba a la gente a acercarse. Jamie apenas podía oírle.

Y conozca al feroz..., decía la voz. Largos colmillos...

—Por aquí —dijo su madre. Jamie fue tras ella.

Ahí estaban los pumas y los leones. También había dos tigres blancos los cuales tomaban una siesta en grandes rocas bajo la sombra de un árbol.

Aquella voz era ahora por completo entendible.

—Pase usted, señor, señora, niño, niña. Sea testigo de nuestra atracción principal y aplauda como nunca antes lo ha hecho.

Aquel era un hombre de bigote tupido y cabello alargado. Vestía un traje azul con botones dorados y agitaba un largo bastón. No necesitaba de ningún micrófono para hablarle al público.

Jamie se situó a lado de su madre, dejó en el suelo a Kiam y abrió la bolsa de palomitas. La gente se reunió en un santiamén y la enorme jaula de los tigres se rodeó de nerviosos pero emocionados espectadores.

—Ya podemos iniciar —dijo el hombre. Elevó su bastón y lo golpeó tres veces contra la reja de protección—. ¡Comenzamos!

Una compuerta se abrió en el fondo de la jaula y un tigre apareció. Jamie no quería parpadear para así no perder ningún detalle. Otro tigre surgió de las sombras y trepó por un tronco. El otro se limitaba a pasearse por el césped.

—Oh, nuestros amigos tigres ya están aquí —dijo el hombre—, démosles un aplauso.

Los aplausos llegaron. Jamie también aplaudió mientras masticaba palomitas las cuales ya estaban frías, pero aquello no le importó.

—Atención, gente. Es mejor comenzar ahora. No queremos que nuestros amigos tigres se enojen, ¿cierto?

El hombre de bigote saltó a una roca con ágil costumbre. Se mantuvo en silencio mientras una música circense se escuchaba. Inspeccionaba al público con ojos entrecerrados.

—¡Tú! Sí, tú. —El presentador señalaba con su bastón a una niña de cabellos dorados.

Jamie la miró. Parecía más grande que él.

La niña subió a la roca y se plantó junto al hombre.

—¿Cómo te llamas, cielo?

—Emma.

—Un gusto, Emma. ¿Ya sabes lo que tienes que hacer?

—Sí.

—Pues adelante. Vamos, gente, un aplauso para esta afortunada niña.

Surgió otra ronda de aplausos atronadores.

La alegre música se elevó. Todos miraban a Emma, atentos.

Alguien tiró de una cuerda y una ventanilla se abrió revelando una entrada secreta a la jaula. Los dos tigres pararon las orejas y prestaron suma atención a lo que aquella niña hacía.

Emma tomó al perro que llevaba en brazos y lo arrojó por la ventanilla.

El can cayó al césped sobre su hocico y profirió un doloroso quejido. Los tigres encorvaron sus lomos y sus narices se ensancharon tratando de oler al perro el cual intentaba salir de ahí dando saltos inútiles contra la reja.

Jamie parpadeó, pero aquello no impidió presenciar lo que tanto deseaba ver. Escuchó entonces múltiples gritos de sorpresa. Su madre también gritó y después ríe como loca. Jamie vio cómo los tigres saltaban sobre el perro. Ambos tomaron con sus garras un extremo del animal compitiendo así por la presa. Pronto, los felinos cerraron sus mandíbulas contra el perro. Ahora agitaban sus grandes cabezas y proferían sonoros rugidos. Al final cada uno se quedó con una sangrienta porción.

—Oh, ya veo a otro ganador —dijo el hombre de bigote—. Tú, el niño de ahí. ¡Sí! ¡Tú eres el siguiente!

Jamie no podía creérselo. Sin embargo, se apresuró a desenganchar la correa de Kiam.